

# Tiempos Populares Críticos

Año VI - Núm. 8

En un lugar de la Mancha, Abril 1948

Número de  
homenaje al  
gran Rey Car-  
los VII, en el  
centenario de  
su nacimiento

30 de Marzo  
de 1848

## CARTA-MANIFIESTO DE CARLOS VII A SU HERMANO ALFONSO CARLOS

### Síntesis de principios y programa de gobierno

¡Hoy España sigue necesitándolos!

Mi querido hermano: En folletos y en periódicos se ha dado bastante a conocer a España mis ideas y sentimientos de hombre y de rey. Cediendo, sin embargo, al general vehemente deseo que ha llegado hasta mí desde todos los puntos de la Península, escribo esta carta, en que no hablo sólo al hermano de mi corazón, sino a todos los españoles, sin excepción alguna, que también son mis hermanos...

Yo no puedo, mi querido Alfonso, presentarme a España como pretendiente a la Corona; yo debo creer y creo que la Corona de España está ya puesta en mi frente por la santa mano de la ley. Con ese derecho nací, que es el propio tiempo obligación sagrada; mas deseo que este derecho mío sea confirmado por el amor de mi pueblo. Mi obligación, por lo demás, es consagrar a este pueblo todos mis pensamientos y todas mis fuerzas; morir por él o salvarle.

Decir que aspiro a ser rey de España, y no de un partido, es casi vulgaridad, porque ¿qué hombre digno de ser rey se contenta con serlo de un partido? En tal caso se degradaría a sí propio, descendiendo de la alta y serena región donde habita la Majestad y a donde no pueden llegar rastreras y lastimosas miserias. Yo no debo ni quiero ser rey, sino de todos los españoles; a ninguno rechazo, ni aun a los que se digan mis enemigos, porque un rey no tiene enemigos: a todos llamo, hasta los que parecen más extraviados, y les llamo afectuosamente en nombre de la Patria; y si de todos no necesito para subir al trono de mis mayores, quizá necesite de todos para establecer sobre sólidas e incommovibles bases la gobernación del Estado y dar fecunda paz y libertad verdadera a mi amadísima España.

Cuando pienso que deberá hacerse para conseguir tan altos fines, pone miedo en mi corazón la magnitud de la empresa.

Yo sé que tengo el deseo ardiente de acometerla y la resuelta voluntad de terminarla; mas no se me esconde que las dificultades son imponderables, y que no sería hacadero vencerlas sin el consejo de los varones más imparciales y probos del reino congregados en Cortes que verdaderamente representan todas sus fuerzas vivas y todos sus elementos conservadores.

Yo daré con esas Cortes a España una Ley fundamental que, según exprese en mi carta a los soberanos de Europa, espero que ha de ser definitiva y española.

Juntos estudiamos, hermano mío, la historia moderna, meditando también sobre grandes catástrofes que son enseñanza a los reyes y a la vez escarmientos de pueblos. Juntos hemos meditado también y convenido que cada siglo puede tener, y tiene de hecho, legítimas necesidades y naturales aspiraciones.

La España antigua necesitaba de grandes reformas; en la España moderna ha habido grandes trastornos. Mucho se ha destruido; poco se ha reformado. Murieron antiguas instituciones, algunas de las cuales no pueden renacer; háse intentado crear otras nuevas, que ayer vieron la luz y se están ya muriendo. Con haberse hecho tanto, está por hacer casi todo. Hay que acometer una obra inmensa, una inmensa reconstrucción social y política, levantando en ese país desolado, sobre bases cuya bondad acreditan los siglos, un edificio grandioso en el que puedan tener cabida todos los intereses legítimos y todas las opiniones razonables.

No me engaño, hermano mío, al asegurarte que España tiene hambre y sed de justicia; que siente la urgentísima e imperiosa necesidad de un Gobierno digno y enérgico, justiciero y honrado y que ansiosamente aspira a que con no disputado imperio reine la ley, a la cual debemos todos estar sujetos, grandes y pequeños.

España no quiere que se ultraje ni ofenda la Fe de sus padres; y poseyendo en el Catolicismo la verdad, comprende que si ha de llenar cumplidamente su encargo divino, la Iglesia debe ser libre.

Sabiendo, y no olvidando que el siglo diecinueve no es el siglo dieciséis, España está resuelta a conservar a todo trance la Unidad Católica, símbolo de nuestras glorias, espíritu de nuestras leyes, bendito lazo de unión entre todos los españoles.

Cosas funestas, en medio de tempestades revolucionarias han pasado en España; pero sobre esas cosas que pasarán hay Concordatos que se deben profundamente acatar y religiosamente cumplir.

(Sigue en la página 3)

### EDITORIAL

## Luz en las tinieblas

La gran revolución liberal va a lanzar un furibundo ataque. Manejos secretos, conturbamientos de sectas, masonería en danza, lo preparan. Rebeliones, disturbios, destronamientos, constituciones liberales... se aglutinan formando un homogéneo conjunto revolucionario.

El Rey ciudadano de Francia, Luis Felipe, tras la insurrección de sus súbditos, abdica y huye a Inglaterra. Pese a sus tendencias revolucionarias y liberales, ni la revolución ni el liberalismo quisieron aguantarle más. Y tampoco le dan ni una mirada de cariño cuando cruza el Canal de la Mancha. ¡Triste sino el de los monarcas liberales!

La insurrección triunfa en Viena. El ministro Metternich huye de Austria. Su soberano, Fernando I, tiene que hacerlo también y por dos veces. Al final, abdica. Pero antes ha tenido que ver sublevadas a Hungría, la Lombardía y Bohemia, y ha concedido Constitución liberal a sus Estados.

En Berlín, los sediciosos, pese a amplias concesiones otorgadas, penetran tumultuosamente en la cámara real. La Alemania dividida en multitud de principados, sufre en toda su extensión el asalto liberal. 'Príncipes' que huyen, otros que abdicar, unos nombran ministerios revolucionarios, los de más allá acatan Constituciones liberales. Los polacos se rebelan contra sus dominadores prusianos, el Sleswig-Holstein contra Dinamarca.

En un solo año Rusia ve, amedrantada, nada menos que sesenta y cuatro levantamientos. En Suiza se publican las aspiraciones del "Sonderbund". Los campesinos se revolucionan en Galitzia.

En Italia, el Rey de Cerdeña y Piamonte, Carlos Alberto, promulga la Constitución. Los sicilianos se rebelan contra Nápoles. Los Duques de Parma y de Módena son arrojados de sus tronos. Milán expulsa a los austriacos; Venecia les obliga a capitular. Se enciende la guerra, y contra Austria se dirigen los soberanos de Cerdeña, de Nápoles y de Toscana. En toda Italia, como movidos por una mano misteriosa pero hábil, se reproducen los tumultos, dando victorias al liberalismo.

No podían quedar exentos de la revolución general los Estados Pontificios. El Papa Pío IX se ve obligado a conceder Constitución a su reino temporal. Su primer ministro, Rossi, es asesinado. La revolución despiadada le

(Sigue en la página 2)



## El Carlismo y los partidos políticos

A menudo se pregunta si la Comunión Carlista es un partido político. Hoy, a propósito de unas palabras de nuestro gran rey don Carlos, respondamos: nada más apartado del ánimo de la Comunión Católica-Monárquica que ser un partido más; aquella es España en su auténtico modo de ser, en su verdadera política.

Los partidos, en cambio, son una falsificación de la política que, en sus contraposiciones, pretenden llegar al término medio. Lo lamentable es que no lo logran. Es una división, como su nombre indica, del pueblo en banderías, que si bien en algún país extranjero puede producir resultados más o menos satisfactorios, en nuestra Patria, con nuestra exaltación ibérica, no hace sino que se esté en continuas luchas intestinas, y los miembros de un partido miren a los del opuesto como feroces enemigos y en la oposición no atiendan sino a su destrucción o a la de alguno de sus miembros.

No se soluciona tampoco el problema con la implantación de un partido único, puesto que mientras éste subsiste oprime a los demás, sus enemigos, que no han sido tan favorecidos por la fortuna y éstos sólo ven en aquél un tirano que, teniendo en principio iguales derechos, se ha encumbrado rompiendo esta igualdad y por tanto perdiendo la legitimidad.

Tanto un caso como el otro es una falsificación de la política, puesto que la verdad y la buena política no está en lo que creen la mayoría de partidos o el gobernante, sino en lo que sea. Es asimismo una falsificación del modo de gobernar, pues en él deben intervenir todos los miembros de la nación legítimamente representados, no los del partido dominante ni los del único.

Por eso la Comunión Carlista propugna, y lo hará con la ayuda del Supremo Hacedor, la abolición de todos los partidos y únicamente existirán españoles. Sólo se exigirá para participar en las funciones del gobierno de la nación, la nacionalidad y moralidad cívica y religiosa. Incluso la Comunión, en la forma de partido que ha tenido que adaptar, desaparecerá. Si lo ha hecho, ha sido obligada, por ser el único medio que tenía para manifestarse, pero no por serlo en sí. Esto lo advirtió bien claramente nuestro gran tribuno Vázquez de Mella.

De modo admirable definió lo anteriormente dicho S. M. C. Don Carlos VII:

"Todos los partidos han errado o pecado. Por el mero hecho de ser partidos son malos. Para mí no hay más que españoles. O no tengo una alta empresa que acometer o es la de acabar con todos los partidos. Yo no soy un partido, sino España..."

Esta verdad ha sido reafirmada posteriormente en el Manifiesto que los dirigentes de la Comunión entregaron a Franco en 1943 y en distintas palabras nos lo decía nuestro ilustre Jefe-Delegado Nacional en Montserrat en abril de 1946.

Quede, pues, bien entendido: el Carlismo no es un partido, es el ser de España.

### EDITORIAL

(viene de la página 1)

impone sacrificios y vejaciones, humillaciones y vergüenzas, que le obligan a huir de Roma, refugiándose en Gaeta, cuando se sentía prisionero en su propio palacio y con su vida peligrando. Pío IX quiso evitar a los liberales el sacrilegio de asesinar al Vicario de Jesucristo. Pío IX huyó de Roma para que la cabeza visible de la Iglesia recobrase su libertad, que le negaban los "defensores" de la "libertad".

En España se sucedieron los levantamientos durante diez días consecutivos. Narváez tenía las riendas del gobierno. Su espadón hiende el aire, movido por patriotismo, por la seguridad de su gobernación, por dictatorial espíritu militar, que no consiente indisciplinas ni insubordinaciones. Movido más por estas razones que por antiliberalismo, sin darse cabal cuenta de la trascendencia de su golpe, el espadón de Narváez corta por lo sano. Expulsa de España al embajador inglés, Bulwer, y cesan inmediatamente los disturbios y la revolución no se produce. Aunque en realidad sólo la detuvo por un tiempo, porque ella vino más tarde, marcando sus jalones con el bienio progresista, con los gobiernos provisionales, con la venida de Amadeo de Saboya, con la primera república, con la restauración alfoncina, en la que consiguen su encumbramiento y consolidación los revolucionarios liberales.

Sólo una nación europea vivía en paz e iba enriqueciéndose a costa de las pérdidas de las demás: Inglaterra que, sirviéndose de las sectas secretas masónicas, movía los hilos de la gran Revolución.

Y todo ello acontece en un solo año. En 1848. Es también el año del Manifiesto Comunista de Marx y Engels.

En este tenebroso año de 1848 nació en una humilde y pobrísima fonda de Laybach el futuro Carlos VII, Rey de las Españas. Su madre ocultaba su personalidad augusta, para escapar de la persecución revolucionaria. "Y quien sería en el mundo liberal y torcido del siglo XIX campeón máximo contra la Revolución, frente a ella se encontró desde la cuna", nos dice Peña Ibáñez en su magnífico libro "Las guerras carlistas". Era el 30 de marzo de 1848. El huracán de la Revolución estaba en su máximo apogeo.

¡Hondo significado y honda trascendencia se encierran en este nacimiento! El viene a encarnar la continuidad de un Ideal, de una España que anheló ser de nuevo España desde los días heroicos de la guerra de la Independencia, que fueron días también de lucha contra la Revolución francesa y liberal. Carlos V y Carlos VI le antecediéron en el trono de la legitimidad y en el mando supremo de la Santa Causa de España, que por lo mismo es Causa de Dios, Jaime III, Alfonso-Carlos I y el Príncipe Regente don Javier le sucederán en el caudillaje de los leales a la Religión y a la Patria. Pero él, Carlos VII, es el símbolo de toda una dinastía, es la personificación máxima de un Ideal.

Nace en 1848. En su cuna es una esperanza, un rayo de luz en medio de tanta negra tiniebla, un aliento de paz en aquella pavorosa tormenta. Esperanza, rayo y aliento que se perpetuarán a través de los años, aun en los aciagos nuestros, con aquellas palabras de su testamento político:

"VOLVERE, os dije en Valcarlos,

aquel amargo día, memorable entre los más memorables de mi vida, y aquella promesa, brotada de lo más hondo de mi ser, con fe, convicción y entusiasmo inquebrantable, sigo esperando firmemente que ha de cumplirse. Pero si Dios, en sus inexcusables designios, tuviese decidido lo contrario; si mis ojos no han de ver más ese cielo que me hace encontrar pálidos todos los otros, si he de morir lejos de esa tierra bendita, cuya nostalgia me acompaña por todas partes, aun así no sería una palabra vana aquel grito de mi corazón.

"SI ESPAÑA ES SANABLE, A ELLA VOLVERE, AUNQUE HAYA MUERTO.

"VOLVERE CON MIS PRINCIPIOS, UNICOS QUE PUEDEN DEVOLVERLE SU GRANDEZA; VOLVERE CON MI BANDERA, QUE NO RENDIRE JAMAS, Y QUE HE TENIDO EL HONOR Y LA DICHA DE CONSERVAROS SIN UNA SOLA MANCHA, NEGANDOME A TODA COMPONENTA, PARA QUE VOSOTROS PODAIS TREMOLARLA MUY ALTA."

Y hoy España entera, dolorida, sigue exclamando: ¡El Rey don Carlos no ha vuelto! Y nuestra salud, nuestro bienestar, nuestra salvación, nuestra prosperidad, no llegan, porque... ¡El Rey don Carlos no ha vuelto!

Sus leales siguen manteniendo su bandera inmaculada, hoy puesta en las manos de un sobrino de aquel gran Rey, el Príncipe Javier. Sus leales siguen negándose a toda componenda, que repugna a su conciencia y mancharía su bandera. Los principios continúan tremolando muy altos, sin ninguna claudicación.

En 1848, don Carlos fué una esperanza. En el año centenario de 1948, en estos tiempos, consecuencia lógica de aquellos y tan parecidos por sus negruras, en que los hijos de los liberales, los comunistas, se rebelan contra sus mismos padres, el Carlismo sigue siendo esperanza. Y esperanza única para España, a la que tienen que asirse los buenos hijos de nuestra Patria, para que España sea salva definitivamente en su unidad religiosa, en su integridad moral, en sus principios católicos y tradicionales, en su ausencia de estraperalismo oficial y de burocracia exuberante, en su descentralización, en su recta administración, en su democracia representativa, en sus instituciones políticas y sociales, en su progreso material, en su grandeza espiritual.

Rey don Carlos: ¡España es sanable! Porque su noble pueblo lo quiere... ¡Vuelve a España!

Y acepta este humilde y pobre homenaje que a la memoria de tu nacimiento, en su año centenario, quieren dedicarte unos leales tuyos a través de las páginas de este humilde y pobre periódico que, como tú, nació y vive en la proscripción y en la persecución.

### MONARQUÍA POPULAR

¡Español, el día 2 de Mayo debes asistir a Montserrat!



## CARTA-MANIFIESTO...

(tiene de la página 1)

El pueblo español, amaestrado por una experiencia dolorosa, desea verdad en todo y que su rey sea rey de veras y no sombra de rey; y que sean sus Cortes ordenada y pacífica junta de independientes e incorruptibles procuradores de los pueblos, pero no asambleas tumultuosas o estériles, de diputados empleados o de diputados pretendientes, de mayorías serviles y de minorías sediciosas.

Ama el pueblo español la descentralización y siempre la amó; y bien sabes, hermano mío, que si se cumpliera mi deseo, así como el espíritu revolucionario pretende igualar las provincias vascas a las restantes de España, todas éstas semejarían o se igualarían en su régimen interior con aquellas afortunadas y nobles provincias.

Yo quiero que el Municipio tenga vida propia y que la tenga la provincia, previendo, sin embargo, y procurando evitar abusos posibles.

Mi pensamiento fijo, mi deseo constante, es cabalmente dar a España lo que no tiene a pesar de mentidas vociferaciones de algunos ilusos; es dar a España la amada libertad, que sólo conoce de nombre; la libertad, que es hija del Evangelio, no el liberalismo que es hijo de la protesta; la libertad, que es al fin el reinado de las leyes, cuando las leyes son justas, esto es, conformes al derecho de naturaleza, al derecho de Dios.

Nosotros, hijos de reyes, reconocemos que no es el pueblo para el rey, sino el rey para el pueblo; que un rey debe ser el hombre más honrado de su pueblo, como es el primer caballero; que un rey debe gloriarse además con el título especial de padre de los pobres y tutor de los débiles.

Hay en la actualidad, mi querido Alfonso, en nuestra España, una cuestión temerosísima: la cuestión de Hacienda. Espanta considerar el déficit de la española; no bastan a cubrirlo las fuerzas productoras del país; la bancarrota es inminente...

Yo no sé, hermano mío, si puede salvarse España de esa catástrofe; pero, si es posible, sólo su rey legítimo la puede salvar.

Una inquebrantable voluntad obra maravillas. Si el país está pobre, vivan pobremente hasta los ministros, hasta el mismo rey, que debe acordarse de D. Enrique el Doliente. Si el rey es el primero en dar el gran ejemplo, todo será llano; suprimir ministerios, y reducir provincias, y disminuir empleos, y moralizar la administración, al propio tiempo que se fomenta la agricultura, proteja la industria y aliente al comercio. Salvar la Hacienda y el crédito de España es empresa titánica, a la que todos deben contribuir, Gobierno y pueblo. Menester es que, mientras se hagan milagros de economía, seamos todos muy españoles, estimando en muchos las cosas del país, apeteciendo sólo las útiles del extranjero... En una nación, hoy poderosísima, languideció en tiempos pasados la industria, su principal fuente de riqueza, y estaba la Hacienda mal parada y el reino pobre: del Alcázar Real salió y derramóse por los pueblos una moda; la de vestir sólo las telas del país. Con esto la industria reanimada, dió origen dichoso a la salvación de la Hacienda y a la prosperidad del reino.

Creo, por lo demás, hermano mío, comprender lo que hay de verdad y lo

que hay de mentira en ciertas teorías modernas, y por tanto, aplicadas a España reputo por error muy funesto la libertad de comercio que Francia repugna y rechazan los Estados Unidos. Entiendo, por el contrario, que se debe proteger eficazmente la industria nacional. Progresar, protegiendo, debe ser nuestra fórmula.

Y por cuanto pareceme comprender lo que hay de verdad y de mentira en esas teorías, se me alcanza también en qué puntos lleva razón la parte del pueblo que hoy aparece más extraviada; pero es seguro que casi todo lo que hay en sus aspiraciones de razonable y legítimo no es invención de ayer, sino doctrinas de antiguo conocidas, aunque no siempre y singularmente en el tiempo actual observadas. Engaña al pueblo quien le diga que es rey; pero es verdad que la virtud y el saber son la principal nobleza; que la persona del mendigo es tan sagrada como la del príncipe; que la ley debe guardar así las puertas del Palacio como las puertas de la cabaña; que conviene crear instituciones nuevas si las antiguas no bastasen, para evitar que la grandeza y la riqueza abusen de la pobreza y de la humildad; que debiendo hacerse justicia igualmente a todos y conservar a todos igualmente su derecho, le está bien a un Gobierno bueno y previsor mirar especialmente por los pequeños, y directa o indirectamente procurar que no falte trabajo a los pobres, y que puedan su hijos que hayan recibido de Dios un claro entendimiento, adquirir la ciencia que acompañada de la virtud, les allane el camino hasta las más altas dignidades del Estado.

La España antigua fué buena para los pueblos; no lo ha sido la Revolución. La parte del pueblo que hoy sueña en la República va ya entreviendo esta verdad; al fin la verá clara y patente como la luz y verá que la monarquía cristiana puede hacer en su favor lo que nunca harán trescientos reyezuelos disputando en una asamblea clamorosa. Los partidos o los jefes de los partidos naturalmente codician honores, o riquezas, o imperio; pero ¿qué puede apeteer en el mundo un rey cristiano sino el bien de su pueblo? ¿Qué le puede faltar a ese rey en el mundo para ser feliz, sino el amor de su pueblo?

Pensando y sintiendo así, mi querido Alfonso, soy fiel a las buenas tradiciones de la antigua y gloriosa monarquía española, y creo ser a la vez hombre del tiempo presente, que no desatiende el porvenir.

Comprendo bien que es tremenda la responsabilidad de quien tome sobre sí restaurar las cosas de España; mas si sale vencedor en su empeño, inmensa será su gloria. Nacido con derecho a la corona de España, y mirando en ese derecho una sagrada obligación, yo acepto aquella responsabilidad y busco esta gloria, y me anima la secreta esperanza de que, con la ayuda de Dios, el pueblo español y yo hemos de hacer grandes cosas; y ha de decir el siglo futuro que yo fui un buen rey y el pueblo español un gran pueblo.

Tú, hermano mío, que tienes la dicha envidiable de servir bajo las banderas del inmortal Pontífice, pide a ese nuestro Rey espiritual para España y para mí su bendición apostólica.

Y a Dios que te guarde, hermano mío.

Tuyo de corazón, tu hermano

CARLOS.

## D. Carlos de Borbón y de Austria-Este

En un humilde mesón de Laybach, ciudad hoy de Yugoslavia, nació nuestro Rey, el 30 de marzo de 1848.

Su Santidad el Papa Pío IX le administró el sacramento de la confirmación. Educóse en la corte del Duque de Módena, al lado de la Princesa de Beira, su abuela política. Dirigido por esta augusta dama y por su preceptor, el P. Cabrera, aprendió muy pronto a amar fervientemente todo lo español, a admirar nuestra Historia, nuestros grandes héroes y santos, a conocer y apreciar el valor de los carlistas y de su Causa santa.

Se trasladó luego a Praga, donde vivió por espacio de dos años, sin que se le permitiera la visita de españoles ni tener contacto alguno con carlistas. Más tarde trasladóse a Venecia y en la bella ciudad de los canales se acabó de forjar su recio carácter, tan entero, tan noble.

Un día alegre de verano, cuando la sangre joven corría por sus venas como un río de ardiente lava, conoce a la hija de los Duques de Parma, católica ferviente y enamorada también de las cosas de España. Poco después, en la capilla real de Frohadorf, el 4 de febrero de 1867, tiene lugar el matrimonio entre nuestro futuro Rey y la Princesa doña Margarita de Borbón-Parma, que los leales denominarían más tarde "Ángel de la Caridad" y de la que tomarían el nombre las mujeres carlistas, nuestras "Margaritas" de hoy.

En París, el 3 de octubre de 1868, Juan III abdica en favor del que desde hoy será Carlos VII.

Al año siguiente, en 30 de junio, se dirige por vez primera a los españoles en forma de carta a su hermano don Alfonso Carlos. El día de la Purísima de 1870, protesta, desde Vevey, contra la venida a España del intruso y liberal don Amadeo de Saboya, propuesto Rey por el General Prim. En París, en la frontera franco-española, en Londres, en Baden-Baden, trabaja don Carlos por la Causa. Reúne en Vevey una junta magna y asume personalmente la dirección del carlismo, organizándose inmediatamente las fuerzas leales.

El Norte, Cataluña y el Maestrazgo le aclaman por Rey. Carlos VII entra en España el 2 de mayo de 1872, publicando notables manifiestos. El 16 de julio ofrece devolver sus fueros y libertades a los reinos de la antigua Corona de Aragón. Asume personalmente el mando del Real Ejército del Norte y obtiene señaladísimas victorias.

En esta situación, triunfa el pronunciamiento de Sagunto y Alfonso XII se proclama Rey de España, sirviendo a la nefasta Causa del liberalismo, que es la Causa anti-española por esencia. El Rey legítimo protesta desde Deva, en 6 de enero de 1875.

En 3 de julio de 1875, como Señor de Vizcaya, jura sus fueros bajo el árbol de Guernica. Cinco días después jura los de Guipúzcoa.

Termina la guerra y por Valcarlos marcha el Rey de nuevo al destierro. Es el día triste de 28 de febrero del año 1876. Pero deja a sus leales y a su pueblo español el profético "¡Volveré!" Murió Carlos VII en 18 de julio del año 1909. Pero el Rey no muere. Ni muere su "¡Volveré!"



# TESTAMENTO POLITICO

En el pleno uso de Mis facultades, cuando Mi vida, más larga en experiencia que en años, no parece todavía, según las probabilidades humanas, próxima a su fin, quiero dejaros consignados mis sentimientos a vosotros, mis fieles y queridos carlistas, que sois una parte de Mi mismo.

Desde mi casa del destierro, pensando en mi muerte y en la vida de España, con la mente fija en el tiempo y en la eternidad, trazo estas líneas para que, más allá de la tumba, lleven mi voz a vuestros hogares y en ellos evoque la imagen del que tanto os amó.

Cuando se hagan públicas, habré ya comparecido ante la divina presencia del Supremo Juez. El, que escudriña los corazones, sabe que nos las dicta solamente un sentimiento de natural orgullo. Inspiradas el deber y el amor a España y a vosotros, que han sido siempre norte de mi vida.

Pareceríame esta trancada si no os dejase un testamento político, condensando el fruto de mi experiencia, y que os pruebe que aun después de que mi corazón haya dejado de latir, mi alma permanece entre vosotros, solicita a vuestras necesidades, reconocida a vuestro cariño, celosa de vuestro bienestar, alma, en fin, de padre amantísimo, como yo he querido ser siempre para vosotros.

Pago, además, una deuda de gratitud. Sois mi familia, el ejemplo y consuelo de toda mi vida, según he dicho en momentos solennísimos. Vuestro heroísmo vuestra constancia, vuestra abnegación, vuestra nobleza me han servido de estímulo inmenso en los días de lucha y de prosperidad, y de fortísimo sostén en las amarguras, en los sufrimientos, en la terrible inacción, la más dura de todas las cruces, la única que ha quebrantado mis hombros en mi vida de combate.

No puedo corresponder de otra manera a todo lo que os debo, que tratando de dejaros en estos renglones lo mejor de mi espíritu.

En mi testamento privado, consigno la ferviente declaración de mi fe católica. Quiero aquí repetirla y confirmarla a la luz del mundo...

Sólo a Dios se debe conocer qué circunstancias rodearán mi muerte. Pero sorprendiéndome en el trono de mis mayores, o en el campo de batalla, o en el ostracismo, víctima de la revolu-

ción a la que declaré guerra implacable, espero exhalar el último aliento besando un Crucifijo, y pido al Redentor del mundo que acepte esta vida mía, que a España he consagrado, como holocausto para la redención de España.

Con verdad os declaro que en toda mi experiencia, desde que en la infancia alborearon en mí los primeros destellos de la razón, hasta ahora que he llegado a la madurez de la virilidad, siempre hice todo según lealmente lo entendí, y jamás dejé de hacer nada que creyese útil a nuestra Patria y a la gran Causa que durante tanto tiempo me cupo la honra de acaudillar.

Volveré, os dije en Valcarlos, aquel amargo día, memorable entre los más memorables de mi vida, y aquella promesa, brotada de lo más hondo de mi ser, con fe, convicción y entusiasmo inquebrantable, sigo esperando firmemente que ha de cumplirse. Pero si Dios, en sus inexcusables designios, tuviese decidido lo contrario; si mis ojos no han de ver más ese cielo que me hace encontrar pálidos todos los otros; si he de morir lejos de esa tierra bendita, cuya nostalgia me acompaña por todas partes, aun así no sería una palabra vana aquel grito de mi corazón.

Si España es amable, a ella volveré, aunque haya muerto.

Volveré con mis principios, únicos que pueden devolverle su grandezca; volveré con mi bandera, que no rendiré jamás, y que he tenido el honor y la dicha de conservar sin una sola mancha, negándome a toda componenda, para que vosotros podréis tremolarla muy alta.

La vida de un hombre es apenas un día en la vida de las naciones.

Nada habría podido mi esfuerzo personal si vuestro concurso no me hubiera ayudado a crear esta vigorosa juventud, creyente y patriótica, que ya veo preparada a recoger nuestra herencia y a proseguir nuestra misión. Si en mi carrera por el mundo he logrado reservar para España esa esperanza de gloria, me siento satisfecho, y cumplo al decir, con legítimo orgullo que en el destierro, en la desgracia, en la persecución, he gobernado a mi Patria, más propiamente que los que se han ido pasando las riendas del Poder. Gobernar no es transigir, como vergonzosamente creían y practicaban los

adversarios políticos que me habían hecho frente con las apariencias materiales del triunfo. Gobernar es resistir, a la manera que la cabeza resiste a las pasiones en el hombre bien equilibrado. Sin mi resistencia y la vuestra ¿qué dique hubieran podido oponer al torrente revolucionario los falsos hombres de gobierno que, en mis tiempos, se han sucedido en España? Lo que del naufragio se ha salvado, lo salvamos nosotros, que no ellos, lo salvamos contra su voluntad, y a costa de nuestras energías.

¡Adelante, mis queridos carlistas! ¡Adelante, por Dios y por España! Sea ésta vuestra divisa en el combate, como fué siempre la mía, y los que hayamos caído en el combate, imploraremos de Dios nuevas fuerzas para que no desmayéis.

Mantened intacta nuestra fe y el culto a nuestras tradiciones y el amor a nuestra bandera. Mi hijo Jaime, o el que en derecho, y sabiendo lo que ese derecho significa y exige, me suceda, continuará mi obra. Y aun así, si apuradas todas las amarguras, la dinastía legítima que os ha servido de faro providencial, estuviera llamada a extinguirse, la dinastía vuestra, la dinastía de mis admirables carlistas, los españoles por excelencia, no se extinguiría jamás. Vosotros podéis salvar a la Patria, como la salvasteis con el Rey a la cabeza, de las bordas mahometanas y, huérfanos de monarca, de las huestes napoleónicas. Antepasados de los voluntarios de Alpe y de Lácara eran los que vencieron en las Navas y en Bailén. Unos y otros llevaban la misma fe en el alma y el mismo grito de guerra en los labios.

Mis sacrificios y los vuestros para formar esta gran familia española, que constituye como la guardia de honor del santuario donde se custodian nuestras tradiciones venerandas, no son, no pueden ser estériles. Dios mismo, el Dios de nuestros mayores, nos ha empujado una última promesa al darnos la fuerza sobrehumana para oír este verdadero prodigio de los tiempos modernos manteniendo peristimos en medio de los embates desenfrenados de la revolución victoriosa, los elementos vivos y fecundos de nuestra raza, como el caudal de un río cristalino del océano, sin que las olas del mar consiguieran arrastrar sus aguas.

Nadie más combatido, nadie más calumniado, nadie blanco de mayores injusticias que los carlistas y Yo. Para que ninguna contradicción nos faltase, hasta hemos visto con frecuencia volverse contra nosotros aquellos que tenían interés en ayudarnos y deber de defendernos.

Pero las ingraticitudes no nos han desalentado. Obreros de lo porvenir, trabajamos para la historia, no para el miedo personal de nadie. Poco nos importaban los dendeños de la hora presente, si el grano de arena que cada uno llevaba para la obra común podía convertirse mañana en base monolítica para la grandezca de la Patria. Por eso mi muerte será un duelo de familia para todos vosotros, pero no un desastre.

Mucho me habéis querido, tanto como yo a vosotros, y más no cabe. Sé que lloraréis como tiernísimos hijos;

Los pueblos tienen derecho a que su rey les oiga por medio de sus representantes libremente elegidos, y la voz de los pueblos, cuando la ficción no la desnaturaliza, es el mejor consejero de los reyes. Quiero, pues, una legítima representación del país en cortes, sin que me sirva de modelo el proceder frecuente de la revolución con esas cámaras que apellida soberanas y que la historia llamará engendros monstruosos de tiranía.

Largo tiempo ha que aflige el ánimo considerar el estado de la hacienda de España, que será más desastroso cuanto más tarde yo en subir al trono de mis mayores. ¡Caiga sobre la revolución toda la responsabilidad de esos desastres! Mas yo aseguro que si hay poder humano capaz de salvar la hacienda y levantar el crédito, yo lo he de conseguir con la gracia de Dios y el patriotismo de los españoles. - Carlos VII.

Manifiesto de Morentin, 16 de Julio de 1874.



# DEL REY CARLOS VII

pero conozco el temple de vuestras almas, y sé que también el dolor de perderme será un estímulo más para que honréis mi memoria sirviendo a nuestra Causa.

Nuestra monarquía es superior a las personas. EL REY NO MUERE. Aunque dejéis de verme a vuestra cabeza, seguiréis, como en mi tiempo, aclamando al Rey legítimo, tradicional y español, y defendiendo los principios fundamentales de nuestro programa.

Consignados los tenéis en todos mis manifestos. Son los que he venido sosteniendo y proclamando desde la abdicación de mi amadísimo padre (q. e. g. e.) en 1868.

Plantados desde las alturas del poder, por un Rey verdad, que cuente por colaboradores al soldado español, el primero del mundo, y a ese pueblo de gigantes, grande cual ninguno por su fe, su arrojo, su desprecio a la muerte y a todos los bienes materiales, pueden en brevísimo tiempo realizar mi política, que aspiraba a resucitar la vieja España de los Reyes Católicos y de Carlos V.

Gibraltar español, unión con Portugal, Marruecos para España, confederación con nuestras antiguas colonias, es decir, integridad, honor y grandeza; he aquí el legado que por medios justos, yo aspiraba a dejar a mi patria.

Si muero sin conseguirlo, no olvidéis vosotros que esa es la meta, y que para tocarla es indispensable acudir más allá de nuestras fronteras las instituciones importadas de países que ni sienten ni raxonan, ni quieren como nosotros, y restaurar las instituciones tradicionales de nuestra historia, sin las cuales el cuerpo de la nación es cuerpo sin alma.

Respecto a los procedimientos y las formas, a todo lo que es contingente y externo, las circunstancias y las exigencias de la época indicarán las modificaciones necesarias, pero sin poner mano en los principios esenciales.

Aunque España ha sido el culto de mi vida, no quisiera ni poder olvidar que mi nacimiento me imponía deberes hacia Francia, cuna de mi familia. Por eso allí mantuve intactos los derechos que como a jefe y primogénito de mi Casa me correspondían.

Encargo a mis sucesores que no los abandonen, como protesta del derecho y en interés de aquella extraviada cuanto noble nación, al mismo tiempo que de la idea latina, que espero llamada a retomar en siglos posteriores.

Quiero dejar aquí consignada mi gratitud a la corte, pero escogida alange de legitimistas franceses que, desde la muerte de Enrique V, vi agrupada en torno de mi padre, y luego de Mí mismo, fieles a su bandera y al derecho salico.

A la par que a ellos, doy gracias, desde el fondo de mi alma, a los muchos hijos de la caballerescas Francia, que con su conducta hacia mí y los míos protestaron siempre de las injusticias de que era víctima, entre ellos, el nieto de Enrique IV y Luis XIV, constándome que los actos de los Gobiernos revolucionarios franceses, inspirados con frecuencia por los mayores enemigos de nuestra raza, no respondían al sentimiento nacional francés.

Recuerden, sin embargo, los que me

sucedan que nuestro primogénito corresponde a España, la cual, para merecerle, ha prodigado ríos de sangre y tesoros de amor.

Mi postrer saludo en la tierra será a esa gloriosa bandera amatilla y roja, y si Dios, en su infinita misericordia, tiene piedad, como espero, de mi alma, me permitirá desde el cielo ver triunfar, a la sombra de esa enseña sagrada, los ideales de toda mi vida.

Y a vosotros que con tanto tesón los defendisteis al lado mío, alcanzará también mi supremo adiós. A todos os tendré presentes y de todos quisiera hacer aquí mención especial. Pero ¿cómo es posible cuando formáis un pueblo innumerable?

Intenso es mi agradecimiento a los vivos y a los muertos de nuestra Causa. Para probarlo y perpetuar su memoria instituí la fiesta nacional de nuestros mártires.

Continuad religiosamente los que hayáis de sobrevivirme. Congregaos para estímulo y aliento recíprocos y en testimonio de gratitud a los que os precedieron en la senda del honor, el 10 de marzo de cada año, aniversario de la muerte de aquel pláido y ejemplarísimo Abuelo mío, que con no menos razón que los primeros caudillos coronados de la Reconquista, tienen derecho a figurar en el catálogo de los Reyes genuinamente españoles.

Pero si no me es posible nombrar a todos, uno por uno a todos os llevo en el corazón, y entre todos escojo para bendecirlo, como Padre y como Rey, el que se honró hasta ahora con el título de primero de mis súbditos, a mi amado hijo Jaime.

Dios, que le ha designado para sucederme, le dará las luces y las fuerzas suficientes para capitanearlos. No necesito recordarle que si en vosotros, los carlistas de siempre, hallaré una especie de asipercencia moral, todos los españoles, por el mero hecho de serlo, tienen derecho a su solicitud y a su cariño. Nunca me decidí a considerar como enemigo a ningún hijo de la tierra española, pero es cierto que entre ellos muchos me combatieron como adversarios. Sepan que a ninguno odié y que para mí no fueron otra cosa que hijos extraviados, los unos por errores de educación; los otros por invencible ignorancia, los más por la fuerza de irresistibles tentaciones o por deleterias influencias del ambiente en que nacieron. Una de las faltas que me han encontrado más inflexible es la cometida por los que ponían obstáculos a la aproximación a nosotros. Encargo a mi hijo Jaime que pervenire en la política de perdón y de olvido para los hombres. No tema extremarla nunca demasado, con tal de que mantengan la salvadora intransigencia en los principios.

Encárgole igualmente que no olvide con ligadío se halla por mis solemnes juramentos a respetar y defender las franquicias tradicionales de nuestros pueblos. En las importantes juras de Guernica y Villafranca entendí empeñarme en presencia de Dios y a la faz de los hombres, por Mí y por todos los míos.

El mismo sagrado compromiso hubiera contraído en cada una de las regiones de la Patria española, una e in-

divisible, según ofrecí a Cataluña, Aragón y Valencia si materialmente me hubiera sido posible. De esta suerte, identificados y esculpidos en todos los españoles en deber de vasallos leales y su sentimiento de ciudadanos libres, compenetrados en Mí la potestad Real y el alto magisterio de primer custodio de las libertades patrias, he podido creer y puedo afirmar con toda verdad que dondequiera que me hallase llevaba conmigo la Covadonga de la España moderna.

Y ya que al nombrar como el primero de vosotros al Príncipe de Asturias, reino en un mismo sentimiento de ternura a Mi familia por la sangre con Mi familia por el corazón, no quiero despedirme de vosotros sin estampar aquí los nombres de los dos ángeles buenos de mi vida: mi madre amadísima y mi amadísima María Berta. A las enseñanzas de la una y a los consuelos de la otra debo lo que nunca podré pagar. La primera, inculcándome desde la infancia los principios sólidamente cristianos, que sacaban del fondo de su alma, me dejó trazado el camino recto del deber. La segunda, asistiéndome en mis amarguras, me dió fuerzas para recorrerle con pie firme, sin tropezar en las asperezas que al paso encontraba.

Esculpid en vuestros corazones y enseñad a los balbucientes labios de vuestros hijos esos dos nombres benditos: María Beatriz, María Berta. Y cuando vosotros, que tenéis la dicha de vivir entre las admirables mujeres españolas, os sintáis confortados por una madre, por una hija, por una esposa, al asomaros al espejo de sus almas y ver en ellas reflejadas las virtudes del Cielo, acordaros de que esos son reflejos también de estas dos almas privilegiadas que han iluminado el desierto de mi vida.

Os dejo ya, hijos de mi predilección, compañeros de mis combates, copartícipes de mis alegrías y de mis dolores.

No me lloréis. En vez de lágrimas dadme oraciones. Pedid a Dios por mi alma y por España, y pensad que, al mismo tiempo que oréis por Mí, yo estaré, con la gracia del Salvador del mundo, invocando a la Virgen María y a Santiago, nuestro Patrón, a San Luis y a San Fernando. Mis celestiales protectores, aplicándoles con la antigua fe española que en Mí se fortaleció en Jerusalén, al pie del sepulcro de Cristo, para que en la tierra se os premie como lo que sois, como cruzados y como mártires.

Antes de cerrar este Mi Testamento político, y deseando que el presente original, escrito todo de mi puño y letra, quede primero en poder de Mi viuda, y faltando ésta, pase a mis legítimos sucesores, saco dos copias, una literal en castellano, y otra en francés, para que se comuniquen a la Prensa de España y de Francia, inmediatamente después de que se hayan cerrado mis ojos.

Hécho en Mi residencia del Palacio de Loredán, campo de San Vito, en Venecia, el día de Reyes de mil ochocientos noventa y siete.

Sellado con mi sello Real. Consta de seis pliegos que forman veinticinco páginas numeradas por Mí.

CARLOS



# QUIEREN QUE LA HISTORIA SE REPITA

Para que nadie se llame a engaño, respecto a la "buena" intención de un sector de "monárquicos" de conveniencia, es oportuno recordar, a guisa de repaso de historia, un episodio triste y funesto de ella, trabado por manos masónicas y servida por hombres perversos a los que siguieron un grupo, sólo un grupo, de cándidos y de aprovechados.

Allá por el año 1868, después del triunfo de la revolución de septiembre, nutridos sectores de prohombres de buena fe que sirvieron lealmente a la reina Isabel II, expulsada de España por los cañoneros de Alcolea, desengañados de la doctrina y métodos liberales se lanzaron con fervor y entusiasmo a las filas del carlismo, único depositario de las más puras esencias católicas y patrióticas.

El carlismo experimentó en aquellas fechas un empuje avasallador que aterrorizaba a la Revolución y sus secueces. En España no había entonces más que monárquicos carlistas —los verdaderos y únicos defensores de la auténtica monarquía— o revolucionarios descarados, enemigos de la religión y la Patria.

La tercera guerra carlista de los años 1872-75, puso en jaque a los liberales y demostró la fuerza extraordinaria y el arraigo popular que aun tenía el carlismo, a pesar de los esfuerzos de los poderes públicos para ahogarlo.

¿Qué harían los liberales para hacer frente a las fuerzas carlistas, enormes y enardecidas de fe y entusiasmo por un ideal grande? Lo de siempre, un empujón. La revolución abierta no podía ser, el pueblo español la rechazaba de plano; el carlismo tampoco, porque con él la religión y las instituciones políticas de antaño iban a prosperar y a hacer proselitismo, y esto no interesaba a los eternos enemigos de la Iglesia.

La solución iba a ser un falso y aparente término medio —¡malditos términos medios!— para embarcar a las masas ignorantes y hacerlas creer que aquello era lo que convenía.

Y aparecen en escena un político nefasto, Cánovas del Castillo, criado de las logias y un Rey que, con tal de ostentar sobre su cabeza la corona, estaba dispuesto a pactar con quien fuera. Iba a restaurarse la monarquía liberal, semejante a la que se derrumbó en 1868. Se habló de "instituciones tradicionales" (?), de "Monarquía tradicional", de paz y de prosperidad para el pueblo; incluso se habló de religión católica, ¡claro está! La cuestión era buscar nombres aparatosos que recubrieran las substancias sectarias y liberal de que iba a componerse la nueva monarquía instaurada. No había más que ver sino la constitución de 1876, cuyo artículo once echaba por tierra la unidad católica de España, primer fundamento de nuestra grandeza.

¿Cómo se frotarían de alegría las manos los capostotes de la masonería y del judaísmo, verdaderos inspiradores de la Restauración, de cuyos antros salieron todas las directrices y consignas dócilmente acatadas por Cánovas y Sagasta! Su triunfo fué absoluto. Y Es-

paña, sumida de nuevo en el fango del liberalismo destructor de todas las esencias cristianas y españolas.

—o—

Ahora ha cambiado la escena y también los personajes, pero la comedia es la misma, exactamente la misma. Mejor no podrían copiarlo.

Después de abandonada España por el último monarca de la dinastía liberal y usurpadora —Alfonso XIII—, venida la República funesta con la secuela de catástrofes y vergüenzas inauditas y nunca igualadas, el pueblo español en masa se lanza a una guerra para defender lo que el liberalismo pretendió conculcar: Dios y España. Esta guerra se llama —y con razón— *Cruzada Nacional*. ¡Cruzada! Ninguna palabra más expresiva. No se defendía a ningún partido (¡que lo sepan los falangistas!) ni menos a un príncipe determinado (don Juan ya sabe a quién nos referimos).

Y no solamente no fué así, sino que el carlismo, que fué la única masa de pueblo que fuera del Ejército había en la Cruzada, recibió el incremento de muchos otros españoles, también desengañados de la monarquía liberal; y de sabor carlista fueron todos los discursos y proclamas de aquellos días memorables, como que el carlismo ha sido siempre el abanderado de las grandes empresas y el aglutinante de todos los verdaderos patriotas ante las coyunturas graves de la Historia.

Se consiguió la victoria de las armas. Y todos esperábamos con ansia que a esta victoria se añadiera el triunfo de las ideas y principios que con ellas se defendían. Primer desengaño; se adulteró el espíritu de la Cruzada, instaurándose una dictadura partidista. Bajo el nombre de "Estado católico" son amparados los mayores desmanes en el orden ideológico. No hay libertad de Prensa para los católicos, pero los protestantes y los liberales pueden decir lo que les place.

Mas ahora viene de verdad el paralelismo con la época canovista. Se habla de "monarquía católica y tradicional y... social" (?); se habla de las "instituciones tradicionales"; hay un Consejo del Reino que invoca al Espíritu Santo al iniciar sus tareas. Todo bajo el signo católico, sí. No hay discurso que no haga mención del catolicismo como salvaguarda de los pueblos. Ahora todo lo del Estado es católico. Eso dicen. Aunque nunca la inmoralidad pública y la corrupción administrativa llegaron a la cima vergonzosa de hoy. Es igual, esto lo preside un "Estado católico" (?) y con esto ya estamos contentos.

¿Y qué es lo que pasa al amparo de ese "fervor" (?) católico del Estado actual? ¿Qué es lo que se forja entre bastidores, en un Estado que otrora se manifestó una y mil veces antiliberal furibundo?

No hay más que mirar en torno nuestro. Desprecio y desconocimiento de la gesta heroica de millares de españoles que lucharon por Dios y por una España visceralmente católica, contra el liberalismo corruptor y sectario causante de todos nuestros males. Nadie habla hoy de la monarquía

tradicionalista que el siglo pasado luchó denodadamente contra los mismos principios por los que se fué a la Cruzada. El Régimen ya no se acuerda del carlismo, tan ensalzado por él mismo cuando le convino, sino que encarcela y destierra a sus Jefes y representantes.

Lo que antes fué revolución es ahora comunismo. No hay más peligro que el comunismo, a juicio de nuestros gobernantes. Y contra él quieren parapetarse, dando paso a teorías liberales que son, a fin de cuentas, las causantes del comunismo.

Los monárquicos liberales se mueven e intrigan ayudados por los organismos estatales. La mayor parte de la prensa española —envilecida por el Poder— se va liberalizando cada día más. Se publican biografías —apologías más bien— de los reyes de la dinastía usurpadora. El Régimen coquetea con tales monárquicos y llena de juanistas el "Consejo del Reino".

La anterior constitución del 76, contra la que protestaron todos los Obispos españoles, se asemeja demasiado al moderno "Fuero de los Españoles", que nos lleva, en la práctica, a la libertad de cultos.

La censura, rigurosa con las revistas católicas, alguna de las cuales —"Misión"— ha sido suprimida, es complaciente con los anunciadores y propagandistas de películas escandalosas e inmorales.

Ahora, con tal que se vaya contra el comunismo, se admite cualquier principio liberal.

¿Qué duda cabe que tratan de llevarnos a un nuevo "pastel" como el de Cánovas? El Generalísimo, antiguo debelador del liberalismo, cuyos discursos eran furiosas invectivas contra las monarquías liberales, está cayendo en las redes de los cortesanos de esta misma monarquía liberal.

¡Que no se engañe nadie ni se deje alucinar por que se hable mucho de "España católica" y de "monarquía católica"!

A lo que pretenden conducirnos, si la misericordia de Dios no lo remedia, es a lo de antes, a pesar de la Cruzada y por encima de la Cruzada.

Nada vale la sangre de nuestros héroes y mártires. La ambición y el sectarismo pesan más.

Y el nuevo Cánovas de nuestros tiempos pretende traer otra vez la monarquía liberal.

Carlistas españoles: ¡Estamos preparados y dispuestos, con el ánimo esforzado, para impedir esta nueva traición!

¡Es un mandato de nuestros muertos! ¡Es un imperativo de nuestras conciencias!

Tengamos presente, estos días más que nunca, la figura señera de nuestro llorado rey Carlos VII. Su vida toda es lección para nosotros. Y su gesto, siempre gallardo, cristiano y patriótico, nos alienta en los más sombríos momentos de nuestra historia.

Su recuerdo ha de tener, tendrá, la virtud de hacernos ser con toda eficacia los abanderados de Cristo Rey para la salvación y gloria de España.



## EL HOMBRE QUE SE NECESITA

De un artículo de

Francisco Navarro Villoslada

Cuando por abundancia del corazón y dejando exhalar la voz de la conciencia, se dice: ¡No ha de haber un hombre que nos saque de esta anarquía! suele añadirse por comentario de la frase: Un hombre que nos ponga a todos una mordaza, un hombre que nos traiga el orden, aunque para el orden eche mano de una vara de hierro. ¡No se necesita tanto! Suspiramos todos por un hombre que sea para toda la nación, y no para uno ni dos o tres partidos; un hombre que mande con justicia, que gobierne con la moral del Evangelio, que administre con el orden y economía de un buen padre de familia.

España necesita un hombre que sea hijo de las entrañas de la patria, que tenga los sentimientos hidalgo y generosos del pueblo español, su ardiente fe, su valor caballeresco, su constancia tradicional.

Un hombre que diga al padre de familia: "Tú eres el rey de tu casa"; y al municipio: "Tú el rey de tu jurisdicción"; y a la diputación: "Tú la reina de la provincia"; y a las Cortes: "Yo soy el rey". Vengan aquí las clases todas de que se compone mi pueblo; venga el clero, venga la nobleza, venga la milicia, venga el comercio y la industria, y venga la clase más numerosa y más necesitada de todas, la clase pobre, o mejor dicho, la clase de los pobres; vengan a exponer sus quejas, sus necesidades; pero tened entendido que aquí no mandan los sacerdotes, los nobles, los militares, los abogados, los banqueros, los comerciantes, los industriales ni los jornaleros: el Rey soy yo. Yo a la Iglesia le daré libertad y protegeré su independencia; yo no nombraré un canónigo ni un cura párroco; yo renunciaré mis privilegios en favor de la Iglesia, de quien los he recibido; yo capitalizaré las asignaciones concordadas con la Santa Sede, y se las entregaré a la Iglesia en títulos de la Deuda; yo dejaré en libertad a toda Comunidad religiosa para establecerse donde quiera, cuando quiera y como quiera, con tal que no pida al Estado más que amparo y libertad.

Yo daré libertad y protección al comercio; libertad y protección a la industria, libertad y protección a la propiedad y a los pobres el pan del orden, de las economías y del trabajo, que es su verdadera libertad.

Abogado, a tus pleitos; no busques en los bancos del Congreso la clientela que no has sabido conquistar en el foro; médico, a tus enfermos; no vengas a matar con discursos políticos a los que puedes curar con tus recetas; escritor-zuelo, a la escuela; aprende primero lo que te propones enseñar; empleado, a tu oficina; la nación te paga para que la sirvas, no para que medres en los bancos del Parlamento; y a trabajar todo el mundo, que la política está siendo la trampa de la ley de los vagos.

Yo reduciré los empleos a la tercera parte de los que hoy se pagan; y reduciré la clase de cesantes con sueldo, empleando a todos sin distinción de colores políticos, por orden de antigüedad, y manteniendo en su empleo a cuantos lo sirvan con inteligencia y probidad, aunque hayan sido progresistas, mode-

## ¿POR DONDE SE SALE?

Al cumplirse el centenario del nacimiento de Carlos VII, rey muy representativo de la dinastía legítima, cumple darse cuenta de cuán distinto hubiera sido el curso de la Historia de España si, para suerte de España, su dinastía hubiera reinado en nuestra Patria.

Las desdichas de España, sujeta a la dinastía ilegítima, forman una cadena de grandes calamidades, que a grandes rasgos se sintetizan en lo siguiente: revoluciones políticas con graves trastornos e imperio de la demagogia; pérdida de las colonias, tras desdichadísimas, muy costosas y cruentas guerras que terminaron con los desastres de Santiago y Cavite y la vergüenza del tratado de París; largo proceso de la guerra de Marruecos con las catástrofes de Annual y Monte Arruit; persecución de la Iglesia, unas veces solapada, otras sin máscara alguna, fomentada, cuando no consentida, por el poder del Estado convertido en el más eficaz instrumento de desecristianización; entrega del poder supremo al comité revolucionario que tuvo por consecuencia la tremenda hecatombe que ha costado más de un millón de víctimas.

Falta de la necesaria legitimidad, la dinastía alfoncina escaló y se mantuvo en el trono pactando con la Revolución a la que se sometió entregándole la dirección del poder supremo. Ni la Revolución ni el trono, convertido en su instrumento más poderoso, han contado jamás con el apoyo de la nación. Cristina, Isabel II, Alfonso XIII, tres de las cuatro generaciones de la ilegítima monarquía, se fueron al extranjero abandonando la nación a la demagogia, que, de alguna manera, atenuara la humillante vergüenza de la fuga.

Cuando la anarquía de la primera República puso a España al borde del abismo, Carlos VII siguiendo el ejemplo de sus mayores, alzó la bandera de la tradición que arrastró a España a la pelea, Alfonso XII no se sumó a la empresa salvadora. Engañó a España con la hábil facilidad de su restauración. Pero en esta habilidad estaba precisamente la raíz de la futura hecatombe, puesto que tal restauración era fácil porque se basaba en la consolidación de la Revolución, a punto de perecer por el esfuerzo carlista.

Pactó con la Revolución Cristina, la Reina Gobernadora —(lo dice Balme, que califica el pacto de *do ut des*)—; lo ratificó luego Isabel II, cuando rechazó el plan de Balme; y más adelante Alfonso XII, que renovó el pacto

como base de la Restauración. Para no romper el pacto dinástico, cuando la Revolución planteó nuevas exigencias, Alfonso XII no vaciló en entregar España a la demagogia más desenfundada, traspasando el poder supremo al Comité revolucionario. Consecuencia de este proceso había de ser la hecatombe que hemos vivido. Tristísimo, pero lógico resultado de los errores políticos que llevaron al trono a la funesta dinastía.

Si Carlos VII, el rey que nació hace un siglo, hubiera llegado a ceñirse la corona, no habríamos llegado al desastre político que determinó la catástrofe del año 41. Un rey de la dinastía legítima, cuyas raíces en las entrañas de la nación pone de manifiesto la historia en el apoyo que el pueblo español les ha dado en las guerras civiles y el entusiasmo con que España se volcó en el carlismo cuando la Cruzada, no se concibe que abandonara la nación, tirando el manto, la corona y el cetro, a cambio de que el Comité revolucionario, desde el poder que él traspasó, garantizara a él y su familia el libre paso al extranjero.

No ha de tardarse en dar en España solución al problema de la Restauración. Otra vez se planteará el problema de aceptar la solución carlista o la que contra ella se pretenda, volviendo a un nuevo intento de coronar la dinastía funesta de las grandes catástrofes. No faltan hoy quienes por ésta se inclinan, porque estiman el camino más fácil, como más fácil se juzgó en tiempo de Alfonso XII. Libre es España de optar por una u otra solución, pero una vez escogido el camino, ha de atenerse a las consecuencias. Si se corona a don Juan, necesario es recordar los nombres de Cristina, Isabel II, Alfonso XIII, las dos Repúblicas.

Los azarosos tiempos que el mundo vive exigen situaciones políticas muy sólidas: reyes resueltos a todo en defensa de sus pueblos; monárquicos resueltos y abnegados a sacrificarlo todo en defensa de sus reyes. ¿Se concibe que ello sea posible si la Restauración se hace sin contar con la Comunión Tradicionalista, en contra de la Comunión Tradicionalista? ¿Quién podrá arrostrar el riesgo de afanarse en los trabajos de una restauración monárquica que ponga a España en el fatal camino de una catástrofe que lógicamente será mucho más grave que la hecatombe con que hubo de liquidarse la restauración de Cánovas y su consecuencia lógica del 14 de abril?

rados o republicanos; yo reduciré asimismo los presupuestos y os daré el ejemplo de modestia para que gocéis el fruto de las economías. Yo pagaré las deudas que el liberalismo ha contraído, y procuraré no contraerlas más.

Yo me pondré a la cabeza del ejército, y protegeré las ciencias, las letras y las artes; yo llamaré a los sabios a mi país, las ciencias y las artes a mi palacio, y a los pobres a mi mesa.

Y lo perdonaré todo, lo olvidaré todo; quiero ser padre antes que rey; mis brazos se extenderán más pronto para abrazar que para mandar. Este es el gobernador cristiano, este es el príncipe católico, este es el hombre que se necesita; el hombre que piden de lo íntimo de su corazón cuantos en las an-

gustias de una situación cuyo origen quisiéramos olvidar, exclaman: "¡No ha de haber un hombre que nos saque de esta anarquía!"

Pues este hombre libertador que tanto desea el pueblo español, este hombre que reúne en sí completamente las ideas expresadas en el hombre o príncipe que se necesita en España, es el Sr. D. Carlos de Borbón y de Este, hijo de cien reyes españoles y representante del derecho y de la legitimidad. Este es el hombre providencial que nos ha deparado Dios para poder salvar a España de la anarquía en que vive, de la ruina a donde llegó en treinta y cinco años de un reinado de calamidades, de un reinado ganado por la traición y fundado en el derecho de usurpación.



«VOLVERÉ»

## SÍMBOLO Y PRESENCIA

Gris el cielo y grises las almas, aquel 28 de febrero de 1876, allí en el Pirineo vasco-navarro, junto a la línea fronteriza de España y Francia, el Rey Carlos revista por última vez a sus tropas. Son los restos apenas (algo más de doce batallones: guipuzcoanos, castellanos, cántabro-astures y valencianos, con alguna artillería y cuatro escuadrones) de aquel aguerrido ejército que por cuatro años tuvo en jaque a las fuerzas todas de la Revolución.

Caballero en su blanco corcel como en las gloriosas jornadas de Lácara y Somorrostro, Carlos VII avanza al galope, seguido de sus capitanes. La aguda voz de las cornetas rasga el frío aire de la mañana y los soldados, en postrer acto de lealtad y pletoresia, alzan sus armas a la altura del pecho. Retumba el cañón, y el eco de sus estampidos salta de breña en breña y llega a lo lejos, en confusa mezcla con el de las músicas que entonan la marcha Real y de los vítores, de aclamación al Soberano, que en muchas de las gargantas quiebran en sollozos. Es fama que antes de pisar tierra extranjera, el Rey Carlos se volvió por unos instantes de cara a sus tropas, levantó el brazo y (evoquemos su figura de leyenda: la boina airosamente terciada, barba ondulante al viento, gallardo el tronco y firme sobre la silla)... ¡Volveré!, exclamó con voz solemne y entrecortada.

Han pasado algo más de setenta años y el profético ¡Volveré!, que el Rey Carlos VII pronunciara en la memorable fecha de Valcarlos, resuena todavía hoy en el ambiente político de España. Setenta años, que deben sumarse a los que mediaron entre la primera y la última carlistada, de heroicos esfuerzos, de luchar sin desmayo, por ver trocada

en realidad la esperanza de que vino a ser el ¡Volveré! símbolo y cifra. Al meditar sobre ese fenómeno del Tradicionalismo, es decir, de una agrupación política que se mantiene incólume a través de los tiempos, sin ceder un ápice en la integridad de la doctrina, sin mostrarse sensible a la frialdad y a la indiferencia, sin apearse ni por un momento de su fe irreductible en la victoria, la imagen del pueblo escogido en su largo peregrinar de años por el desierto, acude sin dificultad a nuestra mente. Sólo que a diferencia de lo sucedido con los hijos de Israel, no ha sido el desierto de la Naturaleza el que ha bordeado la ruta de los Tradicionalistas, sino el de una incompreensión, no por casi general, menos torpe y suicida. Pero, únicamente —conviene recordarlo—, de entre los salidos de Egipto, quienes caminaban en pos de la nube se hallaban en trance de salvación. Y únicamente hay que proclamar muy alto, a los cuatro vientos, con noble y legítimo —y eficaz— orgullo, quienes marchaban detrás de las banderas de la Tradición sabían de la auténtica verdad en orden a la regeneración de España.

¿Testigos? Menéndez Pelayo y Maetú, por no hablar de otros, los cuales, sin militar en las filas del Tradicionalismo político, en tanto acertaron con clarividencia en el diagnóstico de los males que aquejaban a España y llegaron al conocimiento de la esencia íntima de nuestra raza, en cuanto habían bebido en las fuentes puras de la Tradición y siguieron el camino que marcaban los grandes pensadores del Carlismo y que miles y miles de españoles rubricaron con una muerte heroica en los campos de batalla, con una existencia dura en el destierro o con una vida

consecuente al servicio del Ideal. Mártires de la Tradición: ¿habrá raza de titanes para levantar el monumento que vuestros méritos reclaman?

¿Testigos? La Cruzada, que no hubiera en modo alguno podido realizarse sin el concurso preponderante de la Comunión Tradicionalista y que debió a ésta cuanto tenía de sano y auténtico españolismo es decir, de móvil capaz de lanzar al combate a los verdaderos patriotas sin distinción de colores políticos. Testigo, en fin, y de la mayor excepción, por la nobleza de sus miras y la nota de sinceridad que reviste su acento y porque es el orador y el poeta quien habla y cuando éste habla en los momentos históricos y trascendentes, no hace sino recoger y dar cuerpo a la idea que alienta el alma popular; testigo, decimos, José María Pemán al declarar la gratitud eterna de la Patria para con los Tradicionalistas porque «si España tiene un ideal puro y una tesis íntegra y un sistema de conjunto a donde volver los ojos, es por que vosotros, por encima de toda claudicación, habéis sabido mantener ese ideal, esa tesis, y ese sistema».

Hoy, la Comunión Tradicionalista, con la autoridad indiscutible que confiere el haber acertado cuando todos erraban, sigue tremolando el estandarte de ese ideal, de esa tesis y de ese sistema de que tan bellamente —como él sabe hacerlo—, hablara Pemán. Es decir, sigue creyendo en el símbolo y en la presencia del histórico ¡Volveré!

En su realidad futura, que no quiere decir lejana, porque ¡Volveré! equivale al retorno de España. Pero al retorno de ESPAÑA, con mayúscula. Y esa España, lo saben los hombres de buena voluntad, no ha vuelto. Porque España es Unidad Católica y no libertad de acción para el protestantismo (habla la Historia: Trento y Mulberg). Porque España son Cortes representativas, a saber, del municipio, de la corporación, del sindicato o gremio, o sea aquellas en que los procuradores se eligen de abajo a arriba y no de arriba abajo. Porque España no es sinónimo de perversión o ausencia del sentido moral en gobernantes o gobernados, hasta el punto que para dar en ciertos sectores o capas de la sociedad con gentes dignas, sea preciso recurrir al arbitrio de que echó mano el cínico Diógenes. Porque, España... ¿a qué seguir? Ni acabáramos en mucho tiempo de continuar en esta tarea, ni por otra parte queremos ofender al lector suponiendo que se halle tan en ayunas de lo que sea propio y característico en España, que no pueda distinguir el abismo que media entre lo que debe ser y lo que es en la actualidad en nuestra Patria.

Volveré si España es sanable, dijo en su testamento político Carlos VII, recalando su otro ¡Volveré! más lejano. Los Tradicionalistas saben que España es sanable. Hoy, en el centenario del nacimiento de Carlos VII y en el 40 aniversario de su muerte, reiteran esa creencia, con una oración por el alma del Rey Carlos, y con la reafirmación de su voluntad inquebrantable de trabajar por el triunfo de los ideales que tan bizarramente encarnara el monarca representativo del Carlismo, el Augusto Señor de la barba florida.

## Aplec Nacional Carlista en Montserrat

2 de Mayo de 1948

## P R E G O N

En homenaje al laureado Tercio de Requetés de Ntra. Sra. de Montserrat que dejó bien alto el nombre y el espíritu de Cataluña durante la Cruzada.

Para convertir en realidad el propósito de erigir una cripta que recoja los restos de los muertos en campaña del heroico Tercio: de reconstruir el monumento a los somatenes del Bruch contra la Revolución francesa y por la Independencia de España, y la ermita de los Doce Apóstoles, de antigua veneración en el Principado.

Para recordar la Cruzada de 1936, en medio de tanto olvido, de tanta tergiversación, de tanta recaída en los errores que la hicieron necesaria.

Para conmemorar en el marco grandioso de la montaña santa, el centenario del nacimiento del gran Rey Carlos VII.

Para revivir la lealtad a una Causa Sacrosanta que, bajo el trilema de Dios, Patria y Rey, encarna siempre las más puras esencias de España y de su grandiosa Tradición, y que es arcano perenne de donde siempre saca la Patria alientos para sus empresas de restauración y salvación.

Para clavar de nuevo nuestra pica de campeadores del Catolicismo, firmes e ineludibles, en un mundo anegado de errores, de materialismo, de liberalismo, de persecuciones que caminaiego al negro abismo comunista.

Para salvar al mundo, sirviendo a Dios y a España.

Español: ¡Tu puesto está en la santa montaña de Montserrat, EL DÍA 2 DE MAYO DE 1948!